

“Suite” francesa al socialismo

ELOI LENGRAUD

TRES DEFINICIONES...

Declara Mitterrand: “El socialismo a la francesa es una aprehensión distinta a la de la social democracia en el plano de la economía (...) había que atacar más a las estructuras económicas; de allí las nacionalizaciones, de allí una verdadera planificación democrática. Pero lo que queda en común con la Social Democracia es (...) la democracia política”.

Raymond Aron asume una interpretación reduccionista: “El partido no quiere reformar el capitalismo sino romper con él. Pero ¿qué significa esa ruptura? Implica la salida fuera de la economía capitalista o no tiene más que un valor simbólico. Admitamos la segunda interpretación: La ruptura con el capitalismo desprovista de sentido preciso designa las nacionalizaciones (...) y una redistribución crecida de los recursos (...). El Socialismo francés retoma una idea de moda antes de 1939 (...) “Dos antiguallas, respetables por lo demás, hacen un acontecimiento de la Historia universal”.

Menos burlón y más positivo, M. Duverger aclara: “El comunismo sería revolucionario tanto en sus objetivos como en los medios utilizados; la social democracia no sería revolucionaria ni en sus objetivos ni en sus medios, mientras el socialismo tal como lo sueña F. Mitterrand desde hace más de diez años, pretende ser revolucionario en sus metas pero no en sus medios”.

La fórmula es elegante pero no por eso demasiado luminosa.

Medios: la diferencia no está en el plano político; se trata de un socialismo democrático, fiel —como lo precisó el mismo Mitterrand— “de manera intransigente” a los principios de 1789 de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, a las libertades públicas, colectivas, individuales, ensanchadas en el nivel social y del derecho del trabajo, respetando la alternabilidad y el pluralismo.

Meta: la diferencia está en el plano económico. La social-democracia se ha limitado a redistribuir las riquezas producidas por el capitalismo sin tocarlo, más bien preservándolo. Lo que quiere Mitterrand sería ahondar esa lógica de distribución. A la redistribución de las riquezas, hay que añadir la

redistribución de los poderes. La democracia económica vendría a completar la democracia social.

Tenemos otra vez una fórmula sencilla, aunque no muy clara, capaz de movilizar a los militantes, de describir un proyecto de sociedad; pero ¿cómo hacerla operativa? Para responder a esa pregunta examinaremos lo que considero como las características del socialismo francés: Nacionalización con sus dos correctivos, descentralización y negociación. Luego veremos la “solidaridad”, en una sociedad que intenta ser participativa, y antes de concluir, tocaremos el punto de la política exterior.

NACIONALIZACION

La primera opción es la nacionalización. No se trata de creer que lo más importante en las relaciones entre los hombres es el régimen de propiedad, tal como se expresa en aquel chiste que nos viene de detrás del telón de acero y que reza así: Si el capitalismo se identifica con la explotación del hombre por el hombre, el socialismo es al revés... De hecho ya se ha votado la nacionalización de ciertos medios de producción e instrumentos de crédito. Mitterrand ha sido explícito en este punto: “El socialismo no tiene libertad sino liberando al hombre de todas las formas de explotación por el hombre, sabiendo que esa liberación se revela ilusoria si anticipadamente no se cambian las relaciones de producción”.

Una antigualla decía Aron. Y es verdad. Hace tiempo que la Social-Democracia —el siempre citado ejemplo de la Social-Democracia Sueca— ha dejado ese camino, por ser inadecuado. Vale la pena citar al responsable de esa política en 1936: “para nosotros el cambio en las relaciones de producción aparece como el resultado de un desarrollo que crea condiciones favorables para formas más elevadas de producción. De ello resulta que no vemos el proceso de socialización como dependiente de una decisión de una pequeña mayoría parlamentaria. Vemos más bien nuestra tarea como el hecho de mantener una preparación política y permiternos así responder a las demandas del desarrollo técnico y económico”.

Eso era la posición adoptada por los gobiernos Social-Demócratas. Pero, ya en su época, el responsable del socia-

lismo francés, Blum, disenta: “El socialismo ha de ser dirigido contra el capitalismo en general y no contra el solo monopolio; mientras la propiedad capitalista no está socializada, las nacionalizaciones no pueden estar tomadas como socialismo”.

Las medidas que hoy se toman ¿serían acaso fidelidad a un planteamiento teórico pasado? Puede ser ésta una razón, pero no la razón, porque sería dogmatismo y el partido socialista no se acepta como dogmático. No se trata tampoco de invocar la rentabilidad: hay empresas públicas productivas y otras que no lo son. Ni aun de justificar las nacionalizaciones como la única manera de controlar el sector productivo por parte del Estado: con el solo juego de sus pedidos, el Estado podría desempeñar un papel de primer plano en la orientación de un importante sector de la industria privada.

Por lo tanto, la nacionalización depende menos de la racionalidad económica que de una clara elección política y social. La transferencia al Estado de la propiedad de ciertos símbolos del capital privado (Bancos y las cinco empresas más grandes del país) es una manera de recrear una legitimidad social en un país donde la clase obrera estuvo, largo tiempo, alejada del poder y de las riquezas.

Otro argumento y slogan del gobierno —la nacionalización para evitar la internacionalización— responde a una realidad: siempre la estrategia de las transnacionales coloca los criterios de rentabilidad por encima del interés del país donde están operando. Con la nacionalización el gobierno se asegura pues las armas necesarias para no volverse un juguete en las manos de las transnacionales.

DESCENTRALIZACION Y NEGOCIACION

Al extender el poder económico del Estado se corre el riesgo de repetir experiencias que han sufrido de un exceso de centralización. He aquí otra insistencia del proyecto socialista y la segunda reforma puesta en evidencia: la descentralización. El Ministro del Interior ha alargado su título al de “Ministro del Interior y de la descentralización”. Con ello se quieren valorizar instancias a niveles locales: regiones, departamen-

tos, municipios, multiplicando los sectores responsables. Por supuesto la descentralización no tiene como meta fundamental limitar los efectos negativos de las nacionalizaciones, pero el hecho mismo que de las responsabilidades de los entes descentralizados no estén excluidas decisiones de tipo económico, implica un efecto corrector.

Otro efecto corrector lo tiene la reforma de la empresa: La gestión económica y social de la empresa ha de proceder de la negociación permanente entre los diversos actores; se da la garantía de una verdadera movilización de las energías. El proyecto del Ministro del Trabajo busca cubrir tanto la vida de la empresa como la productividad. La negociación en la vida de la empresa significaría que si el poder de decisión última pertenece al jefe de la empresa, ese poder no debe ejercerlo un hombre solo. Todos los asalariados conocen los efectos resultantes de una mala organización de la producción o de equipamientos obsoletos. Asociarlos, a la búsqueda de las soluciones evitaría desperdiciar posibilidades de mejoramiento. Lo que es verdad en el plano de la vida de la empresa lo es también en el plano de la productividad. Hay que buscar una necesaria adecuación entre el hombre y la máquina que no se da automáticamente; es más bien una forma de adhesión activa. Así las consecuencias de una adhesión débil frenan la producción: accidentes de trabajo, ausentismo, conflictos, etc.

Si la reforma en el seno de la empresa apunta a todos los sectores, tanto empresas privadas como nacionalizadas, es cierto que en éstas es determinante para que la nacionalización no se vuelva tan fácilmente una estatización, un poder económico teóricamente restituído al pueblo y de hecho centrado en manos de un Estado que no hace sino alejar los centros de decisión. Ya es bien conocido el círculo vicioso en el cual lo que se hace con la mejor intención del mundo, teniendo partido y Estado interpuesto, se vuelve obstáculo para el desarrollo de los hombres (sus libertades) y para la satisfacción de sus necesidades (su nivel de vida).

SOLIDARIDAD

Ya se ha señalado la importancia de la descentralización en el proyecto gubernamental al promover ese concepto para calificar el ministerio del interior; de la misma manera en el campo de la solidaridad se ha creado un ministerio.



Si se miraran las cosas de una manera prosaica, se diría que se han cubierto con un nuevo vocablo las grandes administraciones sociales clásicas del país como el Seguro Social, y tendríamos lo que habíamos encontrado bajo la pluma de Aron, la segunda antigualla adoptada por el socialismo francés.

De hecho se pretende más: es una revalorización de lo social que podríamos vislumbrar a través de tres aspectos como lo hace la ministra en una entrevista en la revista *Esprit* (Oct-Nov. 81): a) que todas esas instituciones y las transferencias de dinero que implican son el resultado de conquistas obreras; b) que hay que romper con una mentalidad heredada de la derecha que hacía ver esos servicios como una ayuda, y no, como debe ser, una responsabilidad en la lógica de una sociedad más justa, una solidaridad; c) que lo social no es un mundo a cargo de lo económico, que en realidad es parte activa en la economía, tal como se pone de manifiesto con la toma de decisiones en las transferencias de recursos.

Los campos de aplicación de esa solidaridad —que busca que la suerte de cada uno dependa de la de todos en el ejercicio de diferencias múltiples que no impliquen injusticias— están sin límite y necesitan la imaginación para ser descubiertos.

En ese sentido podemos mencionar lo que destacaba el Ministro del Trabajo (*Le Monde* 14-1-82):

a. No querer a la vez más tiempo libre y más recursos monetarios; en vez de reclamar la compensación integral de

las reducciones horarias, comprometerse en una negociación por los salarios bajos que, ellos sí, necesitan crecer.

b. Aceptar cuestionar las ventajas adquiridas; reconocer que las ventajas de algunos las financian los consumidores o los contribuyentes.

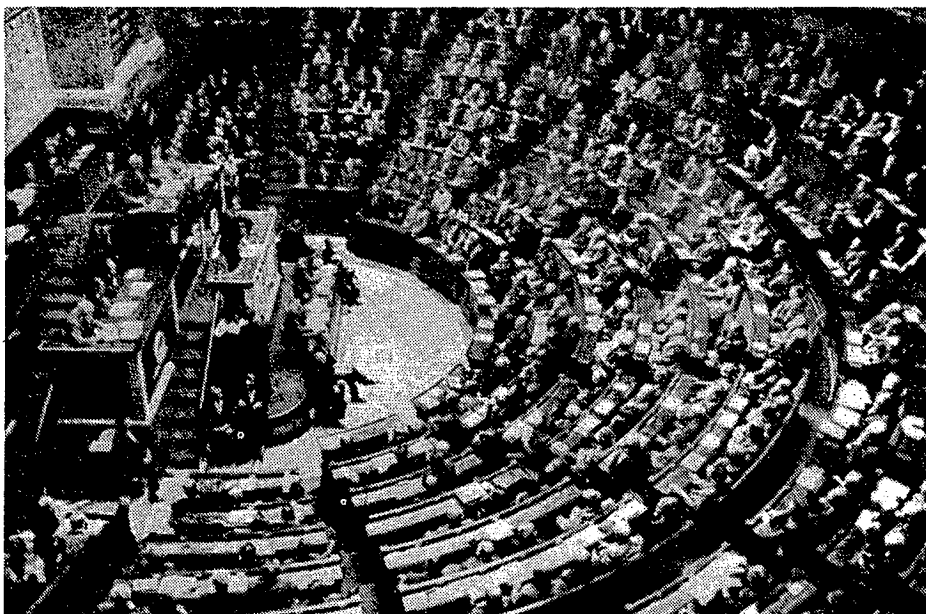
c. Aceptar el financiamiento de un sistema de protección social fundado en la redistribución y en ese sentido, saber establecer una proporción entre deducción sobre los recursos de los beneficiarios y deducciones sobre el costo del trabajo.

d. Reconocer por fin que somos un país rico y que esa riqueza ha de ser compartida con quienes tienen menos. Los intercambios internacionales son generadores de riquezas si son equilibrados. Un buen ejemplo de lo que se busca serían las negociaciones en curso sobre la compra de gas a Argelia; sería en la opinión del gobierno francés un modelo en las nuevas relaciones Norte-Sur, rompiendo con los intercambios desiguales.

EN UNA SOCIEDAD PARTICIPATIVA

Toda la sociedad ha de contribuir al cambio, desde todos los ámbitos, hasta los más antagónicos. Tomaré como ejemplo de esos estratos invitados, el PCF y los empresarios.

Al incluir ministros comunistas en su gobierno, Mitterrand ha dado prueba de cierta originalidad hasta el punto de provocar alguna desconfianza en el campo Occidental... El podría muy bien tomar distancias con el PC en descenso electoral y cuyo estado mayor lo había tratado con desprecio acusán-



Una sesión de la Asamblea Legislativa

ción su participación. Así los comunistas se consideran como reincorporados en las esferas de la toma de decisiones.

Pero ¿cómo podrían los patronos verse reconocidos en esas mismas esferas? Por extraño que pudiera parecer en esos primeros meses, hemos asistido a un cambio de actitud de los patronos para con el poder socialista: de una franca desconfianza a una disposición para dialogar. Varias circunstancias han influido en ese sentido.

Ante todo, se eligió como Ministro de la Economía a un social-demócrata o al menos a un socialista moderado, de competencia reconocida por todos: Delors, quien puede decir de sí mismo que ha llegado al poder "con seis meses de adelanto sobre sus colegas en materia de competencia". El da seguridad cuando los demás ministros inquietan: da seguridad a los patronos, al extranjero, a la opinión pública y así disminuye el costo de las reformas en curso. Salió exitosamente de una devaluación y a pesar de pronósticos negros anunciados por la derecha, la economía se sigue manteniendo bajo un timón firme.

Frente a ese Ministro los patronos han elegido para su confederación un nuevo presidente: no el patrono tradicional, sino un patrono abierto al diálogo, capaz de oír proposiciones de cambio estructural.

Mitterrand mismo ha manifestado su voluntad de preservar el papel de los patronos, de mantenerlos como decisivos en el marco económico. Por una parte ha querido poner claramente cotos

dolo de no pretender otra cosa sino administrar la crisis al servicio de los intereses burgueses y de haber girado, como social-demócrata empedernido, a la derecha. No hay peor injuria que ésta para un hombre como Mitterrand que tiene la religión de una izquierda elevada a la altura de un mito sagrado.

Y sin embargo Mitterrand ha preferido actuar de otra manera. Se puede hablar de astucia política por parte del elegido socialista: eligió practicar con el hermano enemigo la más sutil y la más generosa de las venganzas: al hacer entrar unos ministros comunistas al gobierno encadenó al partido, sumiso y desarmado, al carro de su triunfo. Pero; ¿es exactamente eso? A pesar de la altura de la ola rosada en la cámara de diputados, Mitterrand necesitaba en el país real una base más amplia, frente a los partidarios de Giscard. Más aún, cuando uno recuerda que el Partido Socialista no dispone de un sindicato fiel, tal como dispone el Partido Comunista de la CGT.

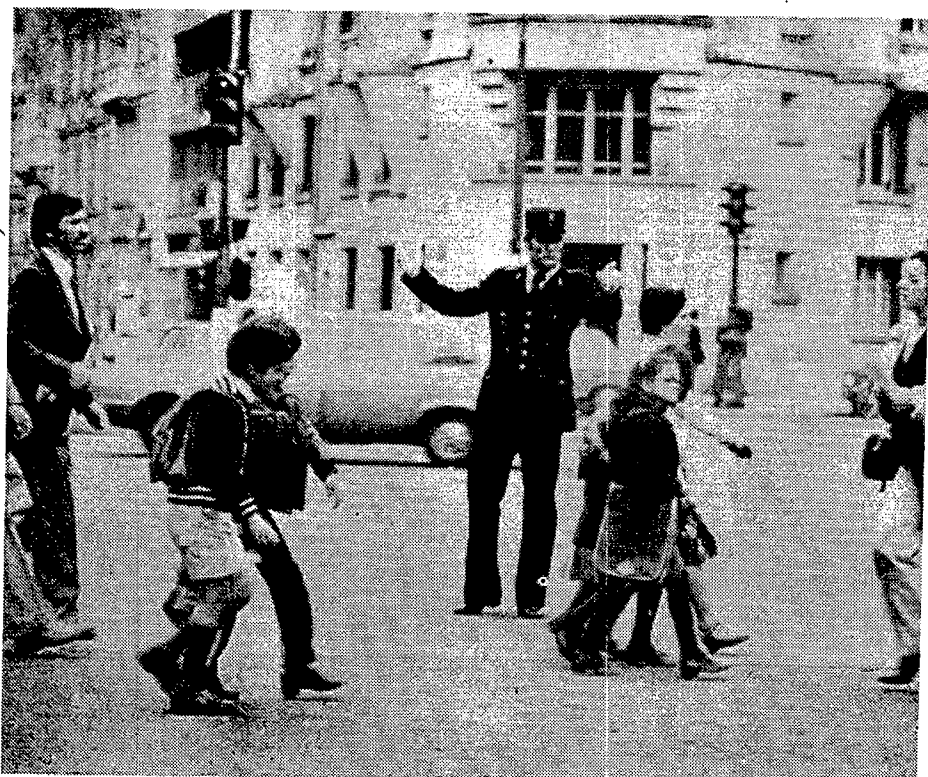
De esta manera, más que astucia, más que una sencilla táctica electoral, la entrada de los comunistas se inscribe en los textos mismos del Partido Socialista en el marco de una estrategia unitaria hacia una deseada "nueva práctica de la unidad" capaz de desempeñar un papel motor en la transformación de la sociedad francesa. La alianza con el Partido Comunista ha permitido reintegrar los comunistas a la vida política francesa, a la vez que ancla el Partido Socialista en la izquierda, facilitando su ruptura con las prácticas social-centristas, permitiendo la victoria electoral de toda la

izquierda (y también reduciendo la influencia electoral del PCF). Era normal pues que la alianza se tradujera en el nivel gubernamental.

Además, los comunistas se sintieron agradecidos a Mitterrand por haber oído la voz de G. Marchais clamando: "Sin Ministros comunistas, el cambio prometido por los socialistas no será sino una parodia". Aceptaron todas las condiciones que les fueron puestas. Y si al principio, en la fiesta de l'Humanité en septiembre, todavía hacían la distinción "somos partido en el gobierno, no partido del gobierno", ya hoy Marchais no hace esa salvedad y en su XXIV Congreso el PC confirma con satisfac-

¿Por fin la Comuna de París?





Un riesgo que hay que correr

al sector por nacionalizar: los empresarios privados han de saber que no corren ningún riesgo de verse agarrados en una nueva ola de nacionalizaciones. Por otra parte los patronos son calificados de "partenaires" y lo que pide a sus "partenaires" es que lo entiendan, que acepten que él no puede renunciar a las reformas anunciadas, pero que no se trata de atentar al "derecho de decidir" que él reconoce a los patronos. No se trata de poner en cuestión las ventajas adquiridas por las empresas: "es evidente que el provecho es el motor sin el cual es inconcebible que una empresa subsista". De lo que se trata es de invitar a los empresarios a tomar en cuenta su finalidad social y no de sacrificarla frente a imperativos exclusivamente financieros. "La transformación en las relaciones sociales en el seno de la empresa, ha subrayado Mitterrand frente a futuros jefes de empresa, es uno de los objetivos prioritarios del nuevo poder" (Le Monde 9-12-81). Así el socialismo francés no quiere la muerte de la empresa privada, sino su transformación con un cambio en el plano de las relaciones sociales, quedándose los patronos como actores importantes también en esa transformación.

CON UNA POLITICA EXTERIOR "MAS LIBRE"

Si bien la política exterior presenta una analogía con la política practica-

da por Giscard frente a los dos ejes Este-Oeste y Norte-Sur, se expresa con tonalidades distintas.

La solidaridad, nítidamente afirmada a favor del bloque atlántico, excluye todo alineamiento. La actitud muy firme, por ejemplo, en materia de defensa frente a Moscú no tiene equivalentes salvo su constancia en querer tratar con Nicaragua. Por encima de los bloques, parecería que el gobierno Mitterrand se ha vuelto un defensor incondicional de los derechos humanos, lo que puede explicar tanto su protesta frente a la situación polaca, como su apoyo a los revolucionarios salvadoreños. De la misma manera la convicción desplegada en Cancún por ejemplo, para demostrar que las posibilidades de un verdadero diálogo Norte-Sur pasan por la lucha de todos y por la conjugación de todas las formas de ayuda (pública, privada, internacional) contra el sub-desarrollo, más que por la lucha contra la subversión que es el mero efecto del sub-desarrollo.

UN RIESGO QUE CORRER

Había empezado el artículo con una cita del Presidente Mitterrand intentando definir su socialismo comparándolo con la Social-Democracia. Al desarrollar lo que pienso son las características del socialismo francés a través de su actuación, es difícil negar su semejanza con la Social-Democracia, al menos con

ciertos planteamientos de la Social-Democracia frente a la crisis actual: tal sería el caso del plan Meidner en Suecia, por ejemplo (ver SIC, Mayo de 1981). Si entre ambos hay alguna diferencia, es la de que en Francia el proceso está en curso de realización y es tentador imaginar si conocerá o no éxito.

Los varios modelos que han estado aplicando desde hace treinta años se revelan hoy ineficaces. La política keynesiana a la cual más o menos quedaron fieles los social-demócratas ha revelado sus límites. La política monetaria adoptada por los gobiernos más conservadores (el de Reagan por ejemplo y el de los ingleses) no encuentra mejor salida. El campo está abierto a nuevas ideas.

El año 1982 se presenta, según los economistas, como un año de reanimación de la economía occidental: los stocks han caído muy bajo; así la mínima demanda ha de repercutir en el aparato de producción; va frenándose el alza de los precios, lo cual reanimará la demanda; los petrodólares están en proceso de reciclaje en provecho de los países industrializados, permitiendo la inversión necesaria: todo concurre para convertir el 82 en un año fasto. Si esa perspectiva, puede satisfacer a aquellos gobiernos que se limitan a administrar una crisis, no es tampoco despreciable para un gobierno que pretende hacer más.

Por cierto, el cambio estructural a nivel económico-social implica incertidumbres, desorganizaciones, y hasta inmovilismo. Es un riesgo inherente a toda reforma estructural. Se puede considerar que ese riesgo es demasiado grande en una fase donde la gestión de los asuntos corrientes es ya, en sí misma particularmente difícil de todos modos no se produjo el caos anunciado por augurios de derecha—. Se puede decir a la inversa que, precisamente por el hecho de haberse agotado los otros modelos, se necesitaba para salir de las dificultades coyunturales asumir el riesgo de reformas estructurales.

Porque, al fin y al cabo, y hay tendencia a olvidarlo, el crecimiento no ha de evaluarse únicamente en términos de progreso del producto nacional bruto. La humanidad progresa también en cultura, en libertad y en responsabilidad. Por ese precio precisamente el socialismo francés acepta correr el riesgo.